

de vez en cuando entre el follaje del bosque o entre las nubes blancas». El novelista ha hecho el retrato corpóreo de la niña, y ha interpretado la vida anímica del niño,

Por lo transcrito anteriormente se puede advertir una mayor destreza lingüística, y al mismo tiempo mayor introspección psicológica que en todos los cuentos de su primera obra. Innumerables páginas denotan seguridad, penetración, calidad artística, sobre todo en aquellos capítulos en que nos va presentando al niño Josef, sobresaliendo aquella parte en que al retirarse el protagonista de la escuela, nos muestra el espíritu de responsabilidad de todos los niños judíos,

Muchas glosas podrían hacerse a raíz de la lectura de este libro, tanto por los valores literarios como por el contenido y materias de aspecto social con que finaliza la obra.

Ciro Alegría, que ha sido premiado en el concurso de novelas latinoamericanas, prologa «Un niño nació judío». La opinión que da sobre Szmulewicz es sincera, franca y fraternal. Reconoce el novelista peruano grandes condiciones de escritor al novelista polaco-chileno, y tiene razón, porque hay belleza, ideas reveladoras de un corazón apasionado por la tradición de su raza, y por la objetiva descripción de las costumbres para nosotros desconocidas, y especialmente es interesante porque se ha escrito con sencillez y hay claridad de exposición y elevación humana.—FRANCISCO SANTANA.

<https://doi.org/10.29393/At191-11PHJD10011>

POESÍA DE HOY «CÁNTICOS DE LA MUERTE» por *José R. Des-
téfano*.

De lo que es y lo que no es, ¿dónde está el incierto límite, el zigzagueante horizonte? Inquirimos a la poesía, a la de ayer como a la de hoy, a la poesía del eterno presente. El abismo interior, insondable como el fugitivo conocimiento del destino

del hombre; eso a lo que llamamos alma, eso a lo que llamamos dios; la angustia de nuestra miseria frente a lo desconocido; rutas invariablemente sumergidas en las densas sombras; ese desesperado padecer metafísico ya se ha diluído en nuestra sangre.

Torturados peregrinos los poetas, que así llamamos a quienes en la hueca disgregación de las cifras que marcan nuestro plazo, han sido ahogados por el eco mudo del cosmos; cuyos corazones se han precipitado en persecuciones vanas tras los signos de las fuerzas no visibles; que han percibido en horas estelares el llamado fantasmal de voces inauditas; escudriñado en formas aparentes del mundo exterior los halos que las recubren, que asemejan ser más la realidad que esta misma: que han soñado en transfigurar la vida, verter en palabras la imagen del universo. Peregrinos del inalcanzable ideal, apoyados en su bastón de armonía, profetas y visionarios avanzan luminosos, como mártires del ensueño, hacia la horrible destrucción en que se inician los caminos.

Esclavo siempre. Esclavo de lo físico e impotente ante los grandes misterios, el hombre cae de rodillas. Su alucinante desesperanza, su horror a la vida, le hacen forjarse deidades protectoras, mitos, que son un consuelo, la suprema caridad o la traición del espíritu, que cubre con su manto de fantasía nuestra irremediable putrefacción y nuestras máculas.

Ignorancia y pereza han permitido a las sombras mantener tan cerrado su círculo opresivo.

La época de los mitos religiosos ha pasado. Tanto ha ido y venido la inocencia y el ansia de la humanidad con sus ilusiones y creencias, que todas ellas se han roto. Una idea monstruosa, trágicamente helada, comienza a vislumbrarse, como un despiadado Baal o Moloc, en el horizonte vertical. «Pulvis es et in pulverem reverteris», fué una verdad irreflexiva. La sombra y grandiosa unidad cósmica, triunfa.

Lo que nos rodea, lo objetivo, lo subjetivo, los sueños; la

muerte y sus accidentes de vida; el macrocosmos y el microcosmos; lo mutable y lo transmutable es devorado insaciablemente por la unidad. Las vibraciones en que todo se disgrega; a eso nos arrastra la descomposición a que estamos sujetos. Y el espíritu, materia excelsa, lucha con denuedo y por siempre, tras la creación de un mundo de pureza, no percedero; ansía abandonar el duro lastre de lo orgánico, evadirse, contornar los lagos que brillan en las fronteras, plateados por lunas irreales, los lagos de los sueños queridos y lejanos... Pero secretas fosforencias clavan en ellos la sombra de nuestro dolor.

José R. Destéfano, en una poesía trágica, extrañamente orgánica, de pragmatismo intuitivo, en que lo objetivo adquiere valores ciertos y se carga con parte de nuestra pena incurable; audaz al extremo, polifónica y doliente, visceral, expresa, con sus imágenes de Apocalipsis, el clima de gran muerte, de muerte total que rodea al poeta.

Destéfano es el habitante del mundo desamparado de la destrucción irreparable; donde soplan siniestras corrientes minerales, de sales descompuestas, donde emergen desmesuradas floraciones de estertores: donde se camina por sobre esqueletos de pájaros y vegetales ciegos: allá en los desembarcaderos de la sangre ya helada.

Me rodea el color mate de las finas costuras del silencio:
unos pasos muertos retumban sobre mi cuerpo tendido,
unas larvas de besos se pegan a mi piel abandonada
y mientras se hunden desmanteladas las naves de mis sueños,
rozo en la ardiente desolación del espacio,
el pelo congelado de la nada. (1)

En los «Cánticos de la Muerte», campea sin desmayo sed de absoluto, de verdad; la rebelión contra lo aceptado por apa-

(1) «Cánticos de la Muerte». NADA.

tía de tradición. ¡Si todo muere, si las fauces del tiempo roerán nuestros huesos y nuestras ensoñaciones! Aterradoras realidades que se contorsionan en el ánimo del poeta, y, sin embargo, el cosmos, la naturaleza, sus analogías y correspondencias; la semejanza entre lo material y lo abstracto, la intuición, clarividencia o sentido metapsíquico, hacen que de convulso y alucinado, contemple el lívido paisaje con abismada expresión, con el éxtasis de Baudelaire; «Horror de la vida, éxtasis de la vida».

Drama cósmico, drama definitivo el de estos cánticos de la muerte, en que las dudas sobre la dirección de nuestra pesada marcha multiseccular parecen encaminadas, transparentadas, y los ensayos literarios llegados a una cana madurez. La poesía pagana, de vecinos círculos humanos y míticos; el período místico ojival, elevado hacia la divinidad, (abreviemos), el clasicismo analítico; el romanticismo del yo triunfante; el simbolismo, escuela entregada a las misteriosas afinidades entre la materia y el espíritu; y hasta el cubismo, Dada y el superrealismo, han dejado su sedimento en la historia de las grandes experiencias. Han sido sentidas, recogidas por Destéfano en su obra. En especial el superrealismo, el movimiento revolucionario más trascendente de los últimos tiempos, en que las teorías freudianas sobre el subconsciente y su preponderante significado en la infraestructura del espíritu, han dejado hondas huellas.

Superrealismo. Inmensidad onírica; textos automáticopsíquicos; desviación arbitraria de lo estético; intento de substituir la realidad admitida; psicoanálisis; mediums; clima magnético.

Presentimos ya en las lejanías esfumadas de nuestro yo, los rostros anónimos de esos fantasmas, cuya obsesión tortura nuestras noches. Inmateriales antenas nos hacen percibir las claridades vagas de un más allá subconsciente; tras enervante sintonización desenmascaramos las ideas insospechadas que nos han acompañado en los actos de nuestro vivir y a cuyo conjuro hemos obedecido destrozando y ahogando espejismos en nuestros sentidos. El sistema poético llamado «nuevo realismo» y

luego «superrealismo» por Apollinaire, el poeta revolucionario, arbitrario y fantástico, favoreció la autopenetración en la subconsciencia, pero puede considerarse ya como una nueva esperanza muerta. Ha traído su bloque de granito a la pirámide inconclusa, dudable que ha dilatado el volumen poético y humano, pero la búsqueda debe reanudarse con renovadas posibilidades.

Estamos ante los días sedientos de graves decisiones, días que suenan como pesados ropones de esparto o como fuego que lloviera sobre un vinagre delictéreo.

Ahora las palabras son vanas virutas ardiendo en lo irrespirable, mudas guitarras sepultadas en la arena, frente a esos pobres lingotes de carnes enmudecidas, frente a esos sombríos cargamentos de almas difuntas. Vivimos días tristes como obscurecidas cicatrices o como el frío marfil de los dientes de los muertos; días sin dicha y sin mañana, días que se disuelven como cartón mojado, días de sueños derrumbados y horribles desventuras. (1)

Ahí encontramos a José R. Destéfano. Conocedor de todos los métodos, se adentra en la obscuridad donde se crea. La decepcionada, maldiciente, ensangrentada humanidad, su sueño de piedra y de sangre, le dan impulso. Va hacia las regiones ignoradas desde cuyas puertas espectrales muchos se han regresado, pero que Nerval empujó.

El poeta acata su destino.

De Baudelaire a Rimbaud, a Breton, Elouard, Elliot, Alexandre y Neruda, entronca la filiación de Destéfano en los anales poéticos del deseo, de lo maravilloso que se desliza entre lo

(1) *Confines*.

racional y lo irracional. Construye sus visiones en una poética de ricos y abundantes materiales; desea purificar la poesía, quitarle el sentimentalismo y el preciosismo que la disminuyen; escapar a los límites que se han declarado cánones de ese arte, como si las artes, y menos la poesía, pudiesen tener límites. ¡Cuándo caerán para siempre los templos que oprimen al arte y al amor!

Son versos libres en los Cánticos, de ilimitada autonomía: con toda la extensión que requiere un gemido, una lágrima, una imagen de fuego:

Derrumbes de luz golpean las ciegas fachadas de las casas,
donde se deshacen prietos nudos de carnes y de besos.
El cielo entorchado de frías lágrimas metálicas
escucha el ágrío canto de los galos,
las pálidas voces de los vegetales,
el restallar veloz de las crines del viento
y los delirios de arrolladas corrientes entre piedras:
mientras cuerpos amados
con adherencias de tierra yacen siempre inmóviles (1)

En partes es prosa, que es también poesía:

«Yacías yerta en un interminable silencio de piedra, pues el viento de la muerte te había despojado hasta del alma. Entonces la noche penetró violentamente en tu cuerpo en medio del fragor de una precipitada caída en la infinidad del tiempo. A tu alrededor se abrían las pegajosas membranas de las sombras; lejos se erguía la tétrica mudez de unas murallas solitarias. Así rodabas desconsoladamente en el vacío traspasada por un frío reguero de música ignota y el olor tenaz de la muerte atravesada los montes y los hierros» (2).

(1) Nacimiento del día.

(2) Mujer cósmica.

Al igual que sonatas de Beethoven, cuyas variaciones enriquecen el tema, en los Cánticos, insospechados, delirantes, supurados paisajes caóticos, insisten en el tema grandioso de la muerte. Embarga al espíritu en un reconocimiento casi religioso, esa angustiada y constante proyección hacia una cuarta medida, de las cosas que cumplen un antepostrar período de descomposición en el mundo del poeta.—J. G. BLANCO VILLALTA.



LOS COMUNEROS, por *Germán Arciniegas*.—Edit. Zig-Zag. Santiago, 1940

Al terminar de leer este libro que Germán Arciniegas—con acierto indiscutible—ha titulado: «Los Comuneros», nos asalta una duda; ¿Debemos contarnos entre los que se han deleitado en lo que tiene de novelesco la obra y estudiar, por consiguiente, este tópico, o nos incluiremos en el grupo de los que la han explorado, analizado y auscultado, en su aspecto principal; el motivo histórico?

La vacilación que hemos tenido se ha resuelto, considerando que ambas facetas son por igual interesantes, eclécticamente. Nos quedamos en la «tierra de nadie».

Nadie le puede negar al autor de «América, tierra firme», la pureza y galanura idiomática que lo distinguen. Es Germán Arciniegas, por sobre todo un artista y orífice del idioma. Maniobra y juega con él, cómo y cuándo le viene en gana. Y aquí, en «Los Comuneros», nuevamente nos da muestras amplias de ello.

La obra en sí, expurga con criterio histórico un tanto epidémico, en lo que fué el movimiento de los «comuneros», del virreinato de Nueva Granada, acaecido en el siglo XVIII. Parece que el autor ha preferido dejarse llevar por un criterio novísimo y audaz—que el profesor Ots rechaza perentoriamente—